COMEDIA JOCOSA EN TRES ACTOS,

TITULADA:

EL HOMBRE INSUFRIBLE, *O EL REGAÑON.*

PERSONAS.

D. RENATO ARAYAGO, Médico.
D. FELIX, D.ª TERESA, PEPITO, } hijos de D. Renato.
D. PASCUAL, hermano de dicho.
D.ª CLARA.
D. JUAN.
CACHUMBO, CATUJA, } criados de Renato.
D. SERAPION, preceptor.
D. LONGINOS.
ROSA, criada.
ESCRIBANO.
LACAYO.

SALA ESPACIOSA.

Don Felix y Doña Teresa.

Fel. Pero por qué esta tardanza
que tanto me desespera?
Ter. Sabremos el fundamento
al punto que padre vuelva
de la quinta del Marqués.
Fel. Saberlo antes mejor fuera.
Ter. No enviastes á Cachumbo
á que todo lo supiera
á casa de Don Pascual
nuestro tio? y con la idea
misma, no envié á Catuja
á casa de Clara bella?
Fel. Pero tardan en venir,
y mi corazon se inquieta (*Sale Catuja.*
con incertidumbre tanta.
Ter. Pues ya la Catuja llega.
Fel. Y bien, qué te dijo Clara?
Catuj. No he sabido cosa cierta,
pues Don Alvaro su padre
habia salido fuera,
y ella aun estaba en la cama;
pero::- *Fel.* Dílo pronto, á priesa,
Catuj. No conoceis en mi gesto
que traigo noticias buenas?
Ter. Y cuáles son? *Cat.* Qué os casais
sin duda esta tarde mesma.
De Don Alvaro la casa
de arriba abajo está llena
de alegres preparativos
que anuncian las bodas vuestras.
Así anunciaran las mias,
que las ganas no escasean!
Ter. No te lo decia yo?
Fel. Tengo muy poca paciencia,
y no podré sosegar
hasta que la causa sepa
de haberse de ayer á hoy
retardado la union nuestra.
Ter. Ve á ver si padre ha llegado.
Catuj. Escusada diligencia.
No le hubiéramos oido
si acaso en casa estubiera?
De regañar y gruñir
siquiera un momento deja
cuando está dentro de casa?
Pero lo mismo hace fuera:
de tal modo que en Sevilla

todas las gentes le tiemblan
por su genio regañon,
aun mas que por sus recetas.
Ter. Sin embargo hoy es preciso
sacar fuerzas de flaqueza,
y darle contento en todo.
Catuj. Hay es una friolera!
apagar el sol de un soplo,
dejando á obscuras la tierra,
creo que fuera mas fácil.
Ter. Nuestra obligacion primera
es sufrirlo tal como es.
Catuj. En fin, es padre, y paciencia:
el criado que mas dura,
á cinco dias no llega;
y si se ha de reemplazar
ha de ser de tierras lejas,
que en Sevilla y su comarca
no hay quien á servir se atreva
á Don Renato Aráyago,
aunque tan famoso sea
por doctor en medicina,
con que adquirió tanta hacienda.
Don Pepito vuestro hermano,
á quien mas cariño muestra,
y á quien ama renegando,
pues aun amando reniega,
tres pedagogos tan solo
en un mes mudado lleva,
porque no le castigaban
segun sus raras ideas;
y yo estaría de aquí
mil y cuatrocientas leguas,
si el cariño que os profeso
no me hiciese::- pero llega
Cachumbo.
Sale Cachumbo. Sea loado
el que crió las camuesas.
Fel. Vaya, qué te ha dicho el tio?
Cach. Como yo he entrado en esta
casa por su mediacion,
fue la pregunta primera
si el amo estaba contento
de mí, y le dí por respuesta,
que yo no estaba contento
del amo, y::- *Fel.* Todo eso deja,
y dí si ha sabido el tio
qué motivo es el que media
para que mi union con Clara
de ayer á hoy se difiera.
Ter. Y la mia con Don Juan.
Cach. A eso vamos, valga flema.
Catuj. Pues despáchate, alcornoque.
Cach. Tenga usted cachaza, reina:
cuando empezaba á informarme,
el padre de Clara bella
llegó, con que Don Pascual
no prosiguió en la materia.
Fel. Segun eso nada sabes.
Cach. Se mucho. *Ter.* De esa manera
escuchaste lo que hablaron.
Cach. No hay duda.
Ter. Pues dilo á priesa.
Cach. Se retiraron á un lado
despues de haberme hecho señas
para que me retirase;
correspondió mi obediencia,
hablaron bajito, y yo
no oí palabra ni media.
Catuj. Pues vienes muy instruido.
Cach. Mucho mas de lo que piensas.
Fel. Pero eso es un imposible.
Ter. Luego es fija consecuencia
que te lo ha dicho mi tio,
ó bien otro alguno apenas
que salió de Clara el padre.
Cach. No señora.
Catuj. Habrá tal flema!
pues cómo diantres lo sabes?
Cach. Como! pues la gracia es esa.
No conoceis todavía
el talento que se encierra
en estos cascos: oidme:
cuando algun secreto media,
los amos á los criados
lo ocultan; pero mi escuela
en el tiempo que ha que sirvo,
me ha enseñado con destreza
á adivinar todo cuanto
á mi confianza niegan.
Catuj. Vaya, que es buena frescura.
Cach. Y ha sido tal mi experiencia,
que cuando hablan dos personas
sobre asuntos ó materias
de que algun conocimiento
tengo, por poco que sea,
si hablan con algun calor,
aunque nada les entienda,
solo con mirar sus caras,
sus visages y maneras,

diré todo cuanto hablaren,
sin que les falte una letra.
Catuj. Este es loco rematado.
Fel. Pues dime lo que sospechas.
Cach. Que está desde ayer á hoy
toda la tortilla vuelta.
Fel. Y en qué te fundas?
Cach. En que
Don Alvaro en mi presencia,
nada quiso á Don Pascual
hablarle de la materia.
Fel. Teresa, no dice mal.
Cach. Lo mejor por decir queda.
Ter. Pues qué, sabes mas?
Cach. Pues no?
Apenas de clara bella
el padre á hablar empezó,
cuando le dió la respuesta
vuestro tio de este modo:
miradme bien, tened cuenta.
Hace gestos propios de un hombre que se sorprende, y luego se encoleriza.
Catuj. Pero eso que significa?
Cach. No lo entiendes, majadera?
pues es mas claro que el dia,
y apuesto á que lo penetra
Don Felix. *Fel.* Creo que sí.
Cach. Y vos? *Ter.* No amigo.
Cach. Pues ea,
yo lo volveré á explicar
para que todos me entiendan.
Cuando vuestro tio hablando
hacia de esta manera, (*como antes.*)
claro es que era por encjo,
admiracion y sorpresa
de lo que le habia dicho
Don Alvaro; ellas por ellas
hablando están las acciones,
y vuestro tio era fuerza
que á Don Alvaro dijese
con muy poca diferencia:
Es posible? tal decis?
pues qué con tal ligereza
se tratan estos asuntos?
la palabra así se quiebra?
Fel. Y Don Alvaro? *Cac.* El buen viejo
replicó de esta manera.
Hace gestos de un hombre que se escusa sumisamente.
Catuj. Y esos visages que dicen?
Cach. Algo mas de duda encierran.
Con todo, sobre el asunto
es regular que dijera
Don Alvaro á vuestro tio:
Perdonad, porque esto es fuerza,
Don Renato lo ha querido:
qué quereis? por mi no queda...
yo lo siento mas que vos...
Catuj. Y eso en los gestos encuentras?
Cach. Y si faltase una coma,
cómame yo mi cabeza.
Catuj. Eres un loco de atar,
y lo será quien te crea:
Doña Clara es hija sola
de Don Alvaro Pineda,
hombre muy acomodado,
con quien amistad profesa
el gruñidor de mi amo;
y Don Juan de Valenzuela
es un caballero rico,
y no es posible que pueda
faltársele á la palabra;
las cosas están ya hechas,
los contratos extendidos,
y solo firmarlos resta:
si ayer no os casasteis, fue
por la involuntaria ausencia
de Don Juan, que aunque dejó
su poder.... *Cach.* Calla, parlera,
y cree que es lo que yo digo.
Fel. Y mi alma lo recela.
Catuj. Si he visto todas las cosas,
y prevenciones dispuestas?
Cach. Tal vez eso será causa
para que el amo no quiera
acceder al casamiento,
que es su condicion áceda
como un limon, y aborrece
todo cuanto se presenta
con aspecto de alegría,
de gusto y de concurrencia,
y se dejará morir
porque nadie se divierta.
Ter. En fin sea lo que fuere;
tú ve á hacer con diligencia
cuanto te encargó mi padre
antes que á la quinta fuera,
para que con nada encuentre
que irritar su genio pueda.
Cach. Apuesto que riñe si

algo que reñir no encuentra.
Catuj. Oyes, si sales de casa,
allá junto á la alameda,
en una casa muy grande
verás en un balcon puesta
una monita; repara
sus gestos, y cuando vuelvas,
me dirás que significan,
para que yo los entienda.
Cach. Como yo entienda los tuyos,
bien entenderé los de ella. (*Vas.*)
Fel. Lo que refirió Cachumbo
de mil temores me llena.
Catuj. El amo sabe que amais
á Don Juan de Valenzuela?
Ter. Antes cree que yo jamás
le he hablado. *Fel.* Ni sospecha
tampoco de mis amores
con Doña Clara; antes piensa
que yo estoy apasionado
de una graciosa doncella,
hija de un doctor famoso
rival suyo en la carrera,
y porque en esta opinion
asegurado viviera,
cuando á Clara me propuso,
demostré que con violencia
consentia. *Catuj.* Muy bien hecho:
si de vuestro amor supiera,
ni aunque lo hicieran pedazos,
en las bodas consintiera,
porque semejantes genios
por inclinacion perversa
á cuanto los otros quieren
oposicion manifiestan:
mas llamaron? *Ter.* Y bien fuerte;
mas no sé quién ser pueda.
En tanto abre.
Catuj. Si será el amo? mas no,
que renegando viniera.
Sale Don Pascual.
Pasc. Buenos dias. *Fel.* Señor tio,
cómo van las cosas nuestras?
Pasc. Muy mal. *Fel.* Es posible?
Ter. Oh Cielos!
Pasc. No quiero que aquí os vea,
retiraos, porque he visto
que vuestro padre á la puerta
llegaba; veré si puedo
reducirle á lo que sea
razon: vaya retiraos.
Catuj. Vámonos, vamos á priesa,
que viene el nublado, el trueno,
y el rayo, pronto que llega.
Vanse, y salen D. Renato y Cachumbo.
Ren. Perverso, maldito, siempre
me has de hacer llamar trescientas
y cuarenta y cinco veces?
Cach. Señor, yo estaba en la huerta,
y al primer campanillazo
acudí con tal presteza
que caí en el camino,
y me quebré media pierna.
Ren. El cuello fuera mejor,
para que asi no tuvieras
nunca la puerta cerrada.
Cach. Pues quién habrá que os entienda?
Ayer llevé una peluca
porque la hallasteis abierta,
y hoy porque la hallais cerrada:
el diablo que lo comprenda.
Cómo he de hacer?
Ren. Cómo, infame? *Pasc.* Oye.
Ren. Tenga usted paciencia.
Cómo has de hacer? cómo? cómo?
Pasc. Vaya, ese criado deja,
que traigo mucho que hablarte
sobre importantes materias.
Ren. Señor mio, cuando usted
con sus criados pelea,
ninguno le pone tasa,
y riñe hasta que rebienta,
ó hasta que le da la gana.
Pasc. Esperar que acabe es fuerza. (*ap.*)
Ren. Cómo has de hacer? tal preguntas?
Cach. Quien pregunta errar no intenta,
y así decid, si salis
de casa, para la vuelta
tendré la puerta cerrada?
Ren. No señor. *Cach.* La tendré abierta,
Ren. Tampoco.
Cach. Pues cómo diablos....
Ren. No acabarás con tu lengua
maldita? *Pasc.* Tiene razon;
y aun agradecer debieras
tener un criado tan
racional. *Ren.* Usted se meta
tan solo en sus calzoncillos,
y no en las cosas agenas,
y no dirá disparates:

ya se ve que es cosa buena
encontrar con un criado
racional; pero es muy fiera
encontrar con un criado
razonador... *Cach.* Esa es buena:
con que yo... *Ren.* No callarás?
Cach. No señor, aunque me hicieran
mil pedazos, porque al fin
es preciso que yo sepa
si ha de estar en adelante
franca ó cerrada la puerta:
decid, cómo la quereis?
Ren. Yo pienso que la respuesta
te daré con un garrote...
pero usted se rie? Ea,
señor Don Bartulo, vaya,
prosiga, porque me alegra
la risita. *Pasc.* Yo no rio,
porque si he de hablar de veras,
ya se yo que los criados
nunca hacen cosas derechas.
Ren. Pues vos sois el que ha traido
á casa tan linda pieza.
Pasc. Yo creia fuese bueno.
Ren. Bravo, bravísimo. Esas,
señor abogado en cierne,
son expresiones muy viejas,
y no de un hombre sensato.
Pasc. Sea todo lo que quieras;
pero vamos á otro asunto.
Ren. No señor, quiero que veas
que no riño sin motivo;
y ante tu misma presencia
justificar mis razones.
Has barrido la escalera?
Cach. Sí señor, de arriba abajo.
Ren. Y el patio?
Cach. Si en él se encuentra
una pajita tamaña,
que me cuelguen de una almena:
soy limpio como una espada.
Ren. Bebió la mula?
Cach. Agua fresca:
Catuja estaba delante.
Ren. Y comió? *Cach.* Paja y avena
como usted me lo mandó.
Ren. Llevaste las dos botellas
de jarave adonde dije?
Cach. Pues no? y me traje á la vuelta
las otras desocupadas.
Ren. Las cartas? *Cach.* En la estafeta
hace que están ya ha dos horas.
Ren. Te he dicho veces diversas
que no toques la guitarra,
que me rompes la cabeza;
y esta mañana te oí...
Cach. Si ayer me la hicisteis piezas,
cómo podia tocar? *Ren.* Y la leña?
Cach. Ya está puesta
en su lugar, y despues
limpié con gran diligencia
la ropa, regué las flores,
compuse la pajarera,
levanté todas las camas,
y... *Ren.* Calla: maldito seas:
nunca he tenido un criado
que mas mi cólera encienda:
fuera de casa. *Cach.* Señor,
cuando yo... *Ren.* No te detengas,
porque haré algun desatino.
Cach. Si riñe de esta manera
porque no halla que reñir,
si lo encontrara, qué hiciera?
Vinagre corre sin duda
en vez de sangre en sus venas. (*V.*)
Pasc. No tiene hombre mas extraño
el ámbito de la tierra: (*Apar.*)
segun veo, tú no tomas
los criados con la idea
de hallarte muy bien servido,
sino solo por la tema
de tener á quien echar
cada instante una pendencia.
Ren. Ya vendrás tú con reparos
á podrirme. *Pasc.* No lo creas;
pero sí debo extrañar
que con tanta ligereza
eches de casa un criado
tan solo porque no encuentras
en él cosa que reñir.
Ren. Vaya, vaya, aprieta, aprieta.
Pasc. A mi no me importa nada;
pero es regular que sienta
ver que un hermano que tiene
cuantas cosas se desean
para vivir felizmente
en paz tranquila y serena,
se empeñe contra sí mismo.
Ren. Es mi gusto. *Pasc.* Razon buena,
si ese gusto en que te fundas

tu infelicidad no fuera.
Eres viudo, tienes hijos
de una educacion perfecta;
consigues por tus aciertos
aplausos en tu carrera;
eres rico, y en fin todo
te halaga y te lisongea,
y sin embargo jamás
en tu rostro se presenta
aquella tranquilidad,
con que su familia alegra
un buen padre; antes airado,
siempre buscando quimeras,
no solamente á tí mismo,
sino á todos atormentas
cuantos dependen de tí,
y aun á cuantos te se acercan.
Ren. Solo faltaba que tú
á reprenderme vinieras:
no soy un hombre de honor?
Pasc. Eso ninguno lo niega.
Ren. Mis costumbres... *Pas.* Es verdad,
tus costumbres son muy buenas.
Ren. No soy avaro, ladron,
mentiroso, ni mi lengua
es contínua tarabilla
como la tuya molesta.
Pasc. Careces de aquellos vicios
que por horribles fomentan
la indignacion general;
pero uno sobre tí reina,
que de la vida del hombre
las dulzuras envenena;
y es el mas perjudicial
en todo cuanto respeta
á la sociedad; porque
algun instante siquiera
se puede vivir en paz
con un malvado que tenga
todos los vicios del mundo;
mas con uno que se inquieta
por cuanto ve y cuanto mira,
y en su corazon alberga
como por temperamento
una cólera dispuesta
á exaltarse á cada paso,
no hay nadie que vivir pueda.
Ren. Has acabado? y tú dices
que yo no tengo paciencia?
pues cómo habria aguantado
tu sermon á no tenerla?
mas por vida... *Pasc.* Poco á poco,
y vamos á otra materia.
Dicen que te casas hoy.
Ren. Mas que digan lo que quieran,
á nadie le importa nada;
y solo saber quisiera
quiénes son estos que andan
buscando vidas agenas?
Pasc. Son gentes que justamente
en tus cosas se interesan.
Ren. Si no me meto en las suyas,
en las mias no se metan;
cada cual á su negocio,
quien tiene tienda que atienda.
Pas. Vaya, que no hay quien te hable.
Ren. Pues callar.
Pasc. Sí; pero es fuerza
hablar si el caso lo exige.
Ren. Pues hablar.
Pasc. Tu intencion era
ayer casar á tus hijos.
Ren. Puede ser, nadie lo niega.
Pasc. Parece que ellos sumisos
admitieron tu propuesta.
Ren. Ese fue mi sentimiento.
Pasc. Lo creo de tu rareza.
Aprobaba todo el mundo
una eleccion tan discreta.
Ren. Y mas que no la aprobase:
mire usted que brava pena!
Pasc. Pero hoy sin saber por qué,
parece mudas de idea.
Ren. Y por qué no? mudaré
todas cuantas me parezca.
No es mania no dejarle
á uno hacer lo que quiera?
Pasc. Despues de haber prometido
tu hija Doña Teresa
con toda solemnidad
á Don Juan de Valenzuela,
hoy la pretendes casar
con Don Longinos de Rejas,
sin mas motivo que ser
cuñado segun la cuenta
de Don Alvaro. *Ren.* Y qué?
soy algun niño de teta
para que de mis acciones
me tomen la residencia?
Pasc. Pero es que dicen que quieres

casarte con Clara bella,
despues de estar prometida
á tu hijo. *Ren* La chicuela
no le hará mal al muchacho:
seguro está. *Pasc.* Pero esas
son unas cosas mal vistas.
Ren. Que cieguen los que no quieran
verla, á mi qué me importa?
Pasc. Mira ...
Ren. No hay nada que vea.
Hay tal matraca, señor?
como si uno no fuera
dueño de sí y de sus hijos.
Pasc. No, no basta cuando llegan
las cosas á tal estado.
Ren. Pero... habrá diantres? me pesa
no vivir solo en el mundo:
te he dicho veces diversas,
y te lo vuelvo á decir,
que tus razones me emperran,
y tus consejos me cansan,
que no quiero que te metas
ni piante, ni mamante
con lo que á mi en la cabeza
se me pone: hay tal manía?
Pasc. Mas si bien lo consideras...
Ren. Dale bola. Hermano ó suegro,
por último tú repruebas
mi casamiento con Clara?
Pasc. No quiero que te arrepientas
cuando no tenga remedio.
Ren. Y es mejor que esposa sea
de mi hijo? *Pasc.* Quien lo duda?
Ren. Por consiguiente, Teresa
será mejor que no case
con Don Longinos de Rejas?
Pasc. Si es un simple, claro está,
que no has de querer hacerla
desdichada. *Ren.* Con que en suma
te parece mas en regla,
que se quede como estaba
toda la marimorena?
Pasc No hay duda.
Ren. Pues por lo mismo
(si es que Dios no lo remedia,
que al parecer no lo hará)
para darte en la cabeza
tengo de casarme hoy mismo,
para ver como reniegan
mi hermano, mi hijo, mi hija,
y toda mi casta entera:
á casa del escribano
voy corriendo porque extienda...

Sale Catuja y Pepito con un libro.

Catuj. Señor, Pepito pretende...
Ren. Qué quiere, dí, mala hembra?
Pep. Quiero leeros mi cuartilla
porque la he hecho muy buena.

Le dá el libro, y él se lo tira.

Ren. Anda con dos mil demonches:
quítate qne voy de priesa.

El muchacho recoge prontamente el libro, y le detiene.

Pep. No señor; ahora, ahora
quiero que llegueis á verla.
Ren. No tengo tiempo. *Pep.* Papá,
si tiene muy pocas letras.
Ren. No tengo aquí los anteojos.
Pep. Lo mismo es que yo la lea.
Ren. Habrá bribon? *Pasc.* Dale gusto.
Ren. Vaya pues, pronto, comienza.
Pep. Os leeré el texto primero,
y luego vereis que bella
traduccion: oid, oid,
Don Serapion me dió el tema.
Los hombres... qué! ya vereis
que latin! con qué limpieza
me salió la traduccion!
Ren. Acaba, que me rebientas.
Pep. lee. Los hombres que nunca rien,
y de contínuo reniegan,
son parecidos en todo
á aquellas feroces bestias...

Renato le da un bofeton.

Ren. Toma bribon. *Pep.* Ay, ay, ay.
Ren. Vuélveme con otro tema,
y verás. *Catuj.* Pobre muchacho!
Ren. La educacion es muy bella.
Pep. Con qué vos me pegais cuando
hago las cosas bien hechas? (*medio*
pues no quiero estudiar mas. (*lloran.*
Ren. Cómo? á mi de esa manera?
Pep. Maldito sea el latin,
y los libros que lo enseñan.

Va corriendo el muchacho, le burla, y en tanto dicen.

Ren. Aguarda, picaron,
que te he de hacer dar sesenta
azotes. *Pep.* Cuando me cojan:
y para que nunca vuelva

á sucederme, en el libro
no he de dejar oja buena; (*rompe*
y ahora voy á quemar (*el libro.*
los que en mi cuarto se quedan. (*V.*)

Ren. Aguarda, bribon, aguarda,
que te he de dar con pimienta
en esa lengua maldita.

Catuj. No lo hurta quien lo hereda:
él es hijo de su padre.

Ren. Qué es lo que tú marmoteas?

Catuj. Digo, señor, que el muchacho
se ha enfadado muy de veras.

Ren. Y quién te mete á tí en eso,
grandísima bachillera?

Pasc. Mi hermano tiene razon.

Ren. Pues yo no quiero tenerla,
ni que nadie me la dé.

Pasc. Lo que tu quisieres sea:
volvamos al otro asunto.

Ren. No hay que hablar en la materia:
ya dije que iba á buscar
al notario Don Estévan,
y ahora... *Serap.* Señor, señor?

Al tiempo de irse sale Don Serapion, y le detiene.

Ren. Don Serapion, ó Don Pelma,
en tanto que yo me voy
á hacer una diligencia,
á ese pícaro muchacho
le habeis de dar una felpa.

Serap. *Absit, erupit, ebasit.*

Ren. Qué decís, hablais de veras?

Serap. Sí, mi señor: *fugam cepit.*

Ren. Y os estais con esa flema?

Serap. Qué he de hacer? entró enojado,
y suspiros y querellas
imo de pectore ducens.
Sin que nadie le impidiera,
aquí al Ovidio desgarra,
allí á Virgilio patea,
allí á Ciceron deshace,
aquí á Quinto Curcio pela,
allí al Thesauro hace trizas,
aquí á Nebrija hace piezas,
y en fin del gran Calepino
el tomazo desconcierta;
yo al ver tanto libricidio,
y al niño con tal fiereza,
obstupui steteruntque come,
y él aprovechando esta
ocasion tan oportuna,
al punto tomó la puerta
echando plegarias muchas,
que el niño es bastante *nequam.*

Ren. Marchad al punto á buscarle,
y si le hallais donde quiera,
dadle treinta mil azotes;
mas no deis á casa vuelta
sin él, cuidado. *Serap.* Obedezco,
pero *nescio quo vergam.* (*Vase.*)

Pasc. Escucháme en fin.

Ren. No quiero,
que tengo ya la cabeza
como un molino de viento,
y ya basta de marea.
Ola? Cachumbo? muchacho?
ensilla al punto la perla,
ó la elefanta, que quiero
recorrer con ligereza
la retaila de egrotos
que mis récipes esperan,
y luego ver á mi novia
radiante como una estrella,
que lo demas para mí
importa una berengena. (*Vas. corr.*)

Pasc. No sabes tú por qué ha dado
este bárbaro en la tema
de casar con Doña Clara?

Catuj. Rosita su camarera
me lo dijo: ya sabeis
que todos á Clara bella
aconsejamos que cuando
estuviese en su presencia
Don Renato, procurase
mostrar á todo impaciencia,
y reñir á los criados
con razon ó bien sin ella,
para que la semejanza
con su genio le pudiera
obligar á confirmar
la boda que ya dispuesta
estaba para Don Felix.

Pasc. Y fue prevencion muy cuerda.

Catuj. Ayer nuestro regañon,
que nunca hace cosa buena,
fue á casa de Doña Clara,
y estando con ella hablando,
Rosa, que estaba en la treta,
entró á hacer no sé qué cosa,
y aprovechándose aquella

de la ocasion, la riñó
de tan extraña manera,
con tan poco miramiento,
y con tanta vehemencia,
que el médico enamorado
resolvió casar con ella.
Pasc. Cierto? *Catuj.* Al punto le habló
á Don Alvaro Pineda,
y el hombre como es bonazo,
se convino con la expresa
condicion de que mi amo
daria á Doña Teresa
por muger á Don Longinos
su cuñado, gran babieca,
pero que vive con él,
y por este medio intenta
Don Alvaro redimirse
de una carga tan molesta.
Pasc. Y lo sabe Doña Clara?
Catuj. Y llora y se desespera.
Pasc. Esto se debe evitar
á cualquier precio que sea.
Catuj. Ya entre nosotros tenemos
pensada una estratagema,
y la fuga de pepito
me viene ahora de perlas
para un nuevo pensamiento
que en mis cascos se presenta.
Pasc. Y cuál es?
Catuj. Lo dirá el tiempo.
Pasc. Pues vamos á que Teresa
y Felix lo sepan todo. (*Vas.*)
Catuj. Si mi discurso no yerra,
he de hacer que el regañon
de cuanto á hecho se arrepienta,
porque en cosas de invenciones
es fecunda mi cabeza;
mas qué muger por muy tonta
no es en enredar muy diestra?

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO SEGUNDO.

Cachumbo solo.

Cach. Malditísimas halajas
son, si bien lo considero,
una mula espantadiza
y un Doctor farandulero;
y malditísima carga
servir á tales sugetos;
pero aunque estoy tan cansado
que casi a'entar no puedo,
como es por la últimaa vez
nada mi cansancio siento.

Sale Catuja.

Cat. Una hora ha que ando en tu busca:
gracias á Dios que te encuentro.
De dónde vienes? *Cach.* De dónde?
de colocar á tu viejo
regañon sobre una mula
que tiene su mismo genio;
y entre los dos, hija mia,
de casa me despidieron.
Catuj. Entre los dos? cómo? cómo?
Cach. Pues muger claro está ello:
el médico echando pestes,
su mula coces á el viento.
Catuj. No hagas caso como antes,
y quédate. *Cach.* No por cierto.
Catuj. Quieres vengarte? *Cach.* Catuja,
aunque no es de caballeros
tomar venganza, si gustas,
á servirte estoy resuelto.
Catuj. Hemos contado contigo
en casa para un enredo.
Cach. Y qué cosa? *Catuj.* Lo sabrás
despues: ve ahora al momento
y ponte de centinela,
y en viendo venir de lejos
al Doctor, avisa al punto.
Cach. El avisará primero,
que en habiendo tempestad,
se oyen muy antes los truenos. (*V.*)

Sale Teresa.

Ter. Catuja. *Catuj.* Señora mia?
Ter. Mi tio y hermano fueron
á avisar á Doña Clara
que viniera. *Catuj.* Va muy bueno.
Mas si el tio y mi señor
os proponen casamiento
con Don Longinos, mostrad
remision. *Ter.* Pero qué haremos?
si una vez digo que sí...
Catuj. Responderles que no luego.
Ter. Y si de lo que maquinas
no se consigue el efecto?
Catuj. Pues haced lo que gustareis,
y no perdamos el tiempo.
Ter. Válgame Dios! no te enojes:

qué pronto tienes el genio!
Catuj. Pues dejaos gobernar.
Ter. Mira tu que sentimiento
seria el verme casada
con el hombre mas mal hecho,
ridículo y despreciable
que contiene el universo.
Catuj. No seriais la primera:
mugeres hermosas veo
casadas con unos hombres
que parecen en su gesto
estampas de la heregía;
y por el contrario vemos
gallardos mozos casados
con unos monotes feos,
que da gana de escupirles
en la cara: esto es muy viejo
en el mundo, y la avaricia
causa tan bellos efectos.
Ter. Es consolacion muy triste
la de los males agenos.
Catuj. Pues bien, qué hareis si á pesar
de todo lo que yo emprendo
se obstina el viejo en casaros
con Don Longinos? *Ter.* No acierto
á responderte. *Catuj.* Pues yo
respondo, y digo que es bueno
obedecer á los padres;
mas si se conducen estos
por una tema ó capricho
de la razon muy ageno,
no hay obediencia que obligue,
señorita; y mucho menos
en puntos de matrimonios,
en donde el consentimiento
no debe ser violentado;
pero yo me lisongeo
que no llegará ese caso.
Guiaos por los consejos
de Doña Clara y los mios,
y por mi cuenta el suceso.
Sale Cachumbo.
Cach. Pronto, pronto, á prisa, á prisa
que llega, que llega, presto.
Ter. Quien llega?
Cach. La ira de Dios
embutida en el pellejo
del doctor. *Catuj.* Ha entrado ya?
Cach. Un accidente funesto
le detuvo. *Ter.* Pues qué ha sido?
Cach. Pasaba muy satisfecho,
montado como un dragon,
por delante del tendero
vecino, que tiene un gozque
de tan arrabiado genio
como mi amo: la mula
le tiró una coz al perro,
este acudió á la venganza,
y con veloz movimiento
la mordió de un carcañal;
la mula se sintió de ello,
y dió tal salto de cabra
(que no pudo de carnero)
que arrojó por las orejas
sobre la arena á Galeno.
Ter. Se hizo daño? *Cach.* No señora,
que quedaba maldiciendo
al perro y á los vecinos.
Ter. Pues yo me voy, porque temo
que venga de mal humor. (*Vas.*)
Catuj. Está alguna vez de bueno?
mas cómo vuelve tan pronto?
Cach. Encontró el negocio hecho.
Catuj. Otro médico llamaron?
Cach. No muger; pero el enfermo
impaciente de esperarlo,
se marchó aunque no sabemos
adónde. *Catuj.* Con qué murió?
Cach. Como un pajarito. *Catuj.* Eso
le pasa todos los dias;
mas parece que allá dentro
le oigo. Vete, Cachumbo,
y te llegarás muy presto
á casa de Doña Clara,
y haz lo que te mande.
Cach. Pero...
Catuj. No hay pero que valga, marcha.
Cach. Iré aunque sea al infierno
por no ver á ese maldito. (*Vas.*)
Catuj. Bonito rato tendremos.
Sale Don Renato.
Ren. De mi paciencia me espanto:
canallas, viles, perversos,
yo os enseñaré á tener
atados siempre á los perros.
Catuj. Con razon: lo peor es
que ese pícaro tendero
ha sido reconvenido
mil veces; pero por eso
el bribonazo insolente

no hace caso: pues protesto,
sí, que me la ha de pagar.
Ren. Tiene un natural muy bueno (*ap.*)
esta muchacha. — Pepito
no ha venido? *Catuj.* No por cierto.
Ren. Vaya que aqueste muchacho
y el asno de su maestro
me han de hacer morir de rabia.
Cat. El fue á buscarle, y no ha vuelto,
ni se volverá sin él.
Ren. Y si no todos los huesos
le he de moler. (*Sale el Lacayo.*)
Lac. Señor mio?
Ren. Adelante. Qué tenemos?
despáchate. *Lac.* Don Longinos
de Rejas pretende veros. (*Vase.*)
Ren. Que entre. Quiero hablarle un rato,
y ver si es tan majadero
como dicen. (*Sale Don Longinos.*)
Long. Señor mio.
Ren. Acercaos, futuro yerno,
llegaos mas: no lo oís?
Catuj. Acercaos, caballero,
porque mi amo no gusta
de gritar mucho. *Long.* Lo creo.
Ren. Quieren persuadirme á que
entregue mi hija á un necio.
A cada pregunta Don Renato le mira como esperando que hable.
Long. Ya.
Ren. Y puesto que os la doy,
seguro es que nada creo.
Long. Ah!
Ren. Y con un dote muy grande.
Long. Oh!
Ren. La prometí á un gran sugeto
militar que ahora está ausente.
Long. Ya. *Ren.* Pero á vos os prefiero.
Long. Bien. *Ren.* Y yo me casaré
con Doña Clarita. *Long.* Bueno.
Ren. Pero eso es no decir nada.
Oh! Ah! Ya! Bien! Bueno!
Catuj. El responde justamente.
Ren. Qué estilo tan circunspecto
y lacónico? *Long.* Ya, ya.
Catuj. Estareis libre con eso
de que os rompa la cabeza.
Peor fuera un majadero
hablador á troche y moche.
Ren. Ahora llevaros quiero
á que veais á mi hija.
Long. Bien, bien.
Ren. Si prosigue en esto,
de un mogicon me parece (*Vanse*
que le haré saltar los sesos. (*los dos.*
Catuj. Y á tan ridículo trasto
queria dar un portento
de perfeccion en su hija?
mas no será si yo puedo.
Salen Don Pascual y Don Felix.
Pasc. Dónde esta mi hermano?
Catuj. Acaba
de entrar en el aposento
de mi ama con Don Longinos.
Sale Cachumbo.
Cach. Puedo entrar? *Cat.* Si majadero.
Fel. Qué traes? *Cach.* Qué Doña Clara
aquí llegará al momento.
Pasc. Mucho mejor. *Cach.* He hallado
á Pepito.
Catuj. Y bien, qué has hecho?
Pasc. A mi casa le ha llevado.
Catuj. Ha sido buen pensamiento.
Cach. No saldrá sin que lo mandes.
Catuj. Doña Clara, por supuesto,
te ha dicho lo qué has de hacer?
mas que te conozca temo
(si bien no te disimulas)
Don Renato. *Cach.* Ni por pienso:
yo me sabré disfrazar
perfectamente; á mas de eso,
dos dias tan solamente
he estado en su casa, y creo
que no me ha mirado á el rostro.
Fel. Vete, vete, porque temo
(si algo mas te entretienes)
que salga. *Cach.* Me voy corriendo.
Vase, y sale Doña Teresa.
Catuj. Señorita, cómo ha ido?
Ter. Ay que rato tan perverso!
por la puerta del jardin
ha poco que salió el necio
de Don Longinos. *Fel.* Y padre?
Ter. Que vendrá muy pronto creo.
Con la fuga de Pepito
está triste hasta lo extremo.
Catuj. Pues no le costará poco
volverle á ver. *Ter.* Cómo es eso?
Catuj. A su tiempo lo sabreis.
Pasc. Ya llega mi hermano, y temo

que haya oido alguna cosa.

Sale Don Renato, y se pasea muy pensativo.

Catuj. Cuando tiene el humor negro
muy cargado como ahora,
á nadie atiende, y apuesto
que no ve los que aqui estamos.

Pasc. Será bien le preparemos
á recibir á Clarita.
Dícelo tú. *Fel.* No me atrevo.

Pasc. Pues dícelo tú, Teresa.

Ter. Estoy temblando de miedo.

Fel. Pero qué diablos tendrá?

Catuj. Yo no sé; pero lo cierto
es que con nadie ha gruñido
hace una hora por lo menos.

Ren. No es una cosa terrible
Paseándose colérico.
la qué me está sucediendo?
Qué no pueda conversar
con nadie un solo momento
sin que me hagan rabiar
de cólera! vive el cielo!
Soy un buen padre, y mis hijos
me llenan de sentimientos;
soy un buen amo, y los criados
no piensan sino en los medios
de irritarme; los vecinos
achuchan todos los perros
contra mí y contra mi mula;
y en fin, hasta los enfermos
(testigo el de ayer) parece
que á posta se van muriendo,
por hacerme renegar
de mi padre, de mi abuelo,
y toda mi casta entera,
ex hoc et in eternum.

Pasc. En fin, yo habré de llegar.
Dios te guarde. *Ren.* Lo agradezco.

Siempre paseándose, y respondiendo con enfado.

Pasc. Qué tienes que estás tan triste?

Ren. Nada. *Ter.* Padre os ruego...

Ren. Digo que no tengo nada.

Catuj. Estais acaso indispuesto?

Ren. No señora. *Fel.* Quereis algo?

Ren. Que no hables. *Catuj.* Y sobre eso
nada mas quereis? *Ren.* Que todos
á los profundos infiernos
os vais, y en paz me dejeis.

Catuj. Vaya, vaya, todo eso
se acabó, pues Doña Clara
me parece que está dentro
de casa, segun el ruido
del coche, que al portal nuestro
me parece que ha parado.

Ren. Clara! pues ea, al momento,
fuera de aquí todo el mundo.

Fel. Mi gusto es obedeceros. (*Vase.*)

Ren. No sino al alba.

Ter. Y el mio. (*Vase.*)

Ren. Usted, señor caballero,
si no tiene otro que hacer
que rebentarme á consejos,
muy bien puede hácia su casa
tomar las de Villadiego.

Pasc. Te dije mi parecer:
en lo demas no me meto;
cásate si te parece,
y que te haga buen provecho.

Ren. Ya verás qué muger es
Doña Clara: qué talento!
qué juicio! no como esotras,
mucha broma, y poco seso:
hay poco de esto en el mundo.

Pasc. Sin duda alguna lo creo.

Ren. Yo no basto por mi solo
á gobernar los perversos
familiares que me ha dado
para mi desdicha el cielo,
y una muger necesito
que tenga... *Pasc.* Qué?

Ren. Mucho de esto. (*Señalando la frente.*)

Pasc. No hay duda.

Ren. Siempre está uno (*Sale Doña Clara.*)
fuera de::- pero qué veo?
Señorita? *Clar.* Amigo, estoy
que no cojo de contento:
es tan grande mi alegría,
que demostrarla no puedo.

Ren. Pero sepamos la causa
de júbilo tan inmenso.

Clar. Me ha concedido mi padre
cuanto he querido.

Ren. Y qué es ello?

Clar. Ha dejado á mi albedrío
el aparato y gobierno
de nuestras bodas. *Ren.* Y á qué
se reduce todo eso?

Clar. En eso entran los vestidos,

las mesas de cien cubiertos,
los ambigús delicados,
las máscaras, los conciertos,
y sobre todo los bailes,
porque en mi casa pretendo
que quince dias seguidos
haya un sarao soberbio,
con cena correspondiente,
que eso se dá por supuesto.
Ren. Qué diablos decís? *Clar.* No veis
este vestido? *Ren.* Es muy bueno.
Clar. Pues este es el mas sencillo
de treinta y seis que he dispuesto
hacerme para la boda,
y cuarenta están haciendo
para vos. *Ren.* Para mi? *Clar.* Sí.
Todavía no están hechos
mas de dos que por la tarde
os traerán. *Ren.* Qué estais diciendo?
Clar. Pues qué habia yo de ir
á vuestro lado derecho
con ese negro vestido
tan antiguo y obsoleto,
que parece que llevais
el luto de los enfermos
que mueren en vuestras manos?
Ren. Está loca sin remedio.
Clar. Sí señor, quiero vistais
á estilo currutaquesco.
Ren. Y te ries, gran demonio,
de lo que estoy padeciendo?
A Don Pascual.
Pasc. No lo puedo remediar.
Ren. Señora, ved que yo... un viejo...
Clar. Por lo mismo, por lo mismo,
que en semejantes empeños
es menester remozarse.
Ren. Qué es lo qué me pasa cielos?
Clar. Tambien tengo preparado
con prudentísimo acuerdo
el lugar donde han de estar
los músicos instrumentos,
y un golpe de mascarada
que asombre. *Ren.* Si será sueño
esto qué me está pasando?
Clar. Despues que bailado habremos
algunas horas, los dos
con muchísimo secreto
nos saldremos de la sala;
y á brebe rato entraremos
finamente disfrazados,
con unos trages muy bellos,
vos en Adonis, yo en Venus:
vereis que golpe daremos.
Ren. No será mala pareja.
Clar. Es preciso que bailemos
hasta rebentar: el baile
es mi fuerte, y aun por eso
he tomado seis lacayos,
que tocan los instrumentos
perfectamente. *Ren.* Señora,
mirad lo que estais diciendo,
porque ó vos no sois la misma,
ó bien yo no soy el mesmo.
Clar. Sí señor, esto ha de ser,
porque yo en mi casa quiero
que haya baile cada dia,
y que sea hermoso centro
y *rendez-vous* perdurable
del uno y otro sexo.
Ren. Señor Dios que nos dejastes,
adónde va á parar esto?
Pasc. La novia es de rompe y rasga.
Ren. La novia es de rompe infiernos.
Aparte los dos. Y sale Rosa.
Rosa. Señorita, los vestidos
de máscara ya tenemos
en casa: son veinte y cuatro:
venid al instante á verlos,
que son la cosa mas bella
que humanos sastres hicieron.
Ren. Pues no es esta la criada
que ayer echasteis? *Clar.* Es cierto.
Ren. Y la habeis vuelto á tomar?
Clar. Pues qué he de hacer sino puedo
hallarme un punto sin ella?
el mas apacible genio
del mundo tiene, y está
siempre cantando ó riendo.
Pasc. Mugeres de tal caracter
no son buenas segun creo
para servir. *Clar.* Será asi;
pero yo, señor, prefiero
á los criados alegres,
porque si bien lo contemplo,
las gentes que nos rodean
nos inspiran sus afectos
reinantes; y yo, amiguito,
toda tristeza aborrezco.
Ren. Esta no es la que yo ví,

ó yo tengo el juicio güero.

Rosa. Vamos, señora, que están
esperando: vamos presto.

Clar. A Dios, querido, que voy
á ver los vestidos vuestros
y los mios: ademas
de que por venir á veros
dejé á Don Gil Canarí
en casa: guárdeos el cielo. (*Vase corriendo, y Renato detiene á Rosa.*)

Ren. Espérate. *Rosa.* Estoy de priesa.

Ren. Escucha un solo momento.
Quien es este Don Canarí,
ó Cañerí? *Rosa.* Su maestro
de cantar: sois muy dichoso,
pues lograis lo mas selecto
de las mugeres, pues ellas
la mayor parte del tiempo
con maridos y criados
lo pasan siempre riñendo;
pero esta es muy al contrario,
aunque vaya por el suelo
todo, por nada se altera:
es mansa como un cordero,
y en cinco años que la sirvo,
no la he visto ni un momento
alteráda hasta ayer tarde.

Ren. Pero sabe todo esto
Don Alvaro? *Rosa.* Perdonad,
que detenerme no puedo. (*Vase, y quédanse mirando los dos.*)

Pasc. Y bien, qué dices ahora?

Ren. Toda mi sangre es veneno. (*Ap.*)

Pasc. Esta es la muger de juicio.

Ren. Aquí hay sin duda misterio.

Pasc. Yo creo que se recela.

Ren. Ya yo la causa sospecho.

Pasc. Yo creo que la alegria
de casarse la ha revuelto
el juicio. *Ren.* Pues no señor,
que la culpa de todo ello
sola la tiene su padre,
asesinado esqueleto,
que me dijo á mi que habia
de bailar el dia mesmo
que se casara su hija;
mas no será si yo puedo,
que ahora voy á decirle
á ese monote de viejo
trescientas mil desvergüenzas,
doscientos mil vituperios,
y ponerle como un trapo
si es que no pone remedio. (*Vase.*)

Pasc. Catuja? (*Sale Catuja.*)

Catuj. Nada temais,
todo lo he estado oyendo,
él va á casa de Don Alvaro,
que vive en frente, en concepto
de que no nace de Clara
todo cuanto ella ha propuesto;
mas no importa, que su padre
va con nosotros de acuerdo.

Pasc. Él no dejará la niña
aunque lo maten. *Catuj.* Para eso
tengo yo ya preparado
un graciosísimo enredo
á que no ha de resistir.
El no ha de encontrar al viejo
en su casa, y volverá
volando: en ese aposento
habeis de estar escondido
notando todo el suceso,
y salid cuando juzgareis
que es conveniente.

Pasc. Lo entiendo;
pero era mejor que en casa
no hubiera nadie. *Catuj.* A ese efecto
Doña Teresa y Don Felix
ya por la puerta salieron
del jardin; á los criados
hoy ha despedido el viejo,
con que estamos en el caso::-
pero ya llega: escondeos. (*Escóndese Don Pascual y sale Renato.*)

Catuj. Muy bien venido.

Ren. O muy mal.

Catuj. Habreis ido, segun pienso,
acompañando á la novia,
en cuya casa tendremos
famoso baile esta noche?

Ren. Me han dicho que veinte pesos
han ofrecido á los que
tocaren los instrumentos;
toma, llévales cuarenta
porque no vayan. *Catuj.* Pero eso
es envano, que si Clara
se ha metido en el empeño,
usted les dará cuarenta,
pero ella les dará ciento.
Yo conozco las mugeres,

señor mio, y sé que á precio
de conseguir sus caprichos,
suelen gastar el dinero
como paja. *Ren.* Nos es asi (*Lla-*
Doña Clara: mas qué es esto? (*man.*
llamaron? *Cat.* Si. *Ren.* Ve quién es.
Catuj. Aqui escopeta te quiero. (*V.*)
Ren. Quién será? algun importuno;
pues me cogerá por cierto
de buen humor. (*Sale Catuja.*)
Catuj. Aí está
un bizarro caballero
que dice que quiere hablaros.
Ren. Entre quien sea.
Catuj. Esto es hecho.
Sale Cachumbo disfrazado de niño ó de baile, todo demudado lo que sea posible: hace mil reverencias.
Cach. Señor mio, buenos dias:
besoos con todo respeto
las manos. *Ren.* Qué mequetrefe
será este con tal meneo
de ancas? yo no os conozco.
Cach. Pues yo soy el caballero
Rigodon Pirueta.
Ren. Y qué se ofrece? *Cach.* Poneros
Le da un billete muy doblado.
en mano este billetito
de Doña Clara. *Ren.* Veremos:
quién diablos habrá enseñado
á Clara á cerrar un pliego
en ciento y cuarenta dobles?
vaya que estamos buenos!
El laberinto de Creta
parece el tal papelejo.
Mas ya está abierto, leamos:
parece que escribe en griego. (*Lee.*)
»Todo el mundo dice que me caso
»con el mas bruto de los hombres,
»y yo quiero mostrar á las gentes
»cuanto se equivocan, y para ello
»es preciso que esta noche vos y
»yo rompamos el baile..."
Está loca rematada. (*representa.*)
Cach. Que continueis os ruego.
Ren. lee. »Vos me habeis dicho que
»nada sabiais de baile, y por tanto
»os envio el primer hombre del
»mundo..." (*Mira á Cachumbo de los pies á la cabeza.*)
Cach. Y muy vuestro servidor.
Ren. lee. »Que os enseñará en menos
»de una hora cuanto se necesite pa-
»ra quedar airoso; y si me amais,
»aprended un poco el bolero."
Rasga el papel, y dice muy colérico.
Voto al diablo! el bolero
habia yo de aprender
de años y canas cubierto?
Y usted, señor primer hombre
del mundo, conoce el riesgo
á que se expone? *Cach.* Ea, vamos,
menos voces, y empecemos.
Ren. Señor Rigodon ó diablo,
qué apuesta usted á que le echo
por la ventana á la calle
con mil demonios y medio?
Prepara Cachumbo la guitarra que llevará, y dice.
Cach. Este pequeño preludio
os pondrá en tono y sosiego.
Habeis tenido principios?
porque es preciso saberlo:
vaya, decidlo pronto.
Ren. Sino dejais al momento
la guitarra ó la geringa,
os he de cortar el cuello.
Cach. Esa es ya mucha insolencia,
señor mio, y por lo mesmo
habeis de bailar al punto,
y aquí no hay otro remedio.
Ren. Cómo que no, picaron?
Cach. Lo dicho dicho: yo tengo
comision de Doña Clara
para que baileis, y debo
cumplirla rotundamente,
pues me pagan para ello,
y sino de una estocada
os paso como un buñuelo.
Ea, manos á la obra.
Saca la espada y la pone debajo del brazo.
Ren. Triste de mi! yo soy muerto!
Algun diablo á Doña Clara
se le ha metido en el cuerpo
para enviarme este hombre
facineroso. *Cach.* Acabemos.
Catuj. Señor Rigodon, mirad
que Don Alvaro... *Cach.* No tengo
yo con Don Alvaro nada:

ha de bailar ó le espeto
en la tizona. *Ren.* Ah verdugo!
Catuj. Considerad, caballero,
que mi amo es hombre grave.
Cach. Ha de bailar.
Catuj. Pero un viejo...
Cach. Ha de bailar, ó sino
con su sangre el suelo riego;
y pronto, que me amostazo,
y de cólera no veo.
Catu. Este hombre está endemoniado,
y alguna desgracia temo,
que estamos solos en casa,
y sin recurso. *Ren.* Es muy cierto.
Cutaj. Que ojazos pone!
Ren. Parecen
dos faroles. *Catu.* Y qué gesto!
Ren. De un dragon.
Cach. Esto ya es burla:
baile, ó sino diga el credo.
Ren. Vecinos? *Catu.* Callad por Dios,
pues si ellos supieran esto,
segun lo que os aborrecen,
pagarian su dinero
por mirarlo: aqui no hay mas
que paciencia; dos meneos
os pueden salvar la vida.
Ren. Pero si se sabe, luego
me tendrán por un loco.
Cach. El amor dora los yerros:
Hércules tomó una rueca.
Ren. Pero no bailó el bolero;
y este de todos los bailes
es el que mas aborrezco.
Catu. Pues bien, que sea otro baile.
Cach. Me conformo: un minué serio?
Ren. No señor. *Cach.* La zarabanda?
Ren. Tampoco. *Cach.* Pues cuál? presto.
Ren. Ninguno: ya está dicho
Cach. Ninguno? viven los cielos
que esto es ya una picardia!
muere, canalla. *Ren.* Teneos,
que yo bailaré al instante.
Cach. Para qué son cumplimientos?
Ea, bailar, de este modo.
Canta Cachumbo y baila lo que quiera, y le imita Renato, y sale D. Pascual.
Pasc. Ay, ay, ay, qué es lo que veo?
Ren. Por vida de treinta sastres,
que mas quisiera estar muerto
que avergonzado. *Pasc.* Qué es esto!
Ren. Que este picaron... yo... si...
la fuerza... pues...
Pasc. Hay tal seso!
ponerse ahora á bailar!
Ren. Si digo que ese perverso...
Pasc. Un hombre lleno de canas!
Ren. Molestador sempiterno,
hablador infatigable,
si digo, y estoy diciendo,
que ese bribon me ha obligado
por fuerza á tales extremos?...
Pasc. Por fuerza? y cómo teneis
semejante atrevimiento?
Cach. Señor mio, soy mandado,
y de obediente me precio;
yo le diré á Doña Clara
la ignominia y el desprecio
con que en esta casa miran
sus órdenes y preceptos. *(Vas.)*
Ren. Vete con dosmil demonios,
que yo tambien al momento
voy á decir á ese loco
de Don Alvaro, que quiero
antes morir que casarme;
y que si pretende yerno
que baje él mismo á buscarle
al cogollo del infierno. *(Vase.)*
Catu. Qué me decís de Cachumbo?
Pasc. Que se ha portado confieso:
ya la boda se deshizo.
Catu. Pero con eso no hacemos
nada; es preciso traerle
á que se haga el casamiento
proyectado. *Pasc.* Pero como?
Catu. Eso luego lo veremos.
No soy andaluza? pues
por mi cuenta los enredos.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO TERCERO.

Catuja y Cachumbo.

Catu. Tienes juicio, Cachumbo?
En tal trage te presentas
en este sitio, y no temes
que Don Renato aqui venga,
y tal vez te reconozca
si acaso contigo encuentra?

Cach. Reconocerme dijiste?
ay es una friolera!
no es nada, reconocer
á un pobrete de mi esfera?
Cuando con tal aparato
al público se presenta,
ni aun se conoce á sí mismo;
mira tú para que puedan
los demas reconocerle.
Catu. Pues á qué vienes? qué piensas?
Cach. Puesto que á Sevilla vino
ya Don Juan de Valenzuela,
quisiera que sus criados
prosiguiesen con la empresa
que yo dejo comenzada.
Catu. Seria justo si fueran
ellos capaces de hacerlo;
mas sino tienen ideas;
y uno solo que es travieso,
ya vino con apariencia
de capellan á llamar
á Don Renato; y si dejas
el enredo, á lo mejor,
todito á perder lo echas.
Cach. Yo temo... *Catu.* Eres un gallina.
Cach. Pero Catuja, de veras
me hace compasion el pobre.
Catu. Si tiene una alma de piedra:
y sobre todo, por qué
se hace esto! Qué me interesa
á mi toda la familia
que se case ó qué se muera!
Péro esto es lo que conviene;
no que por una indigesta
condicion intolerable,
el tal Don Renato pierda
su familia, si le quita
semejante conveniencia;
de modo, que es nuestro empeño
hacerle feliz por fuerza.
Cach. Con todo, estoy receloso,
pues si Don Renato llega
á descubrir que yo he sido
el danzante, y lo que queda
por ser, temo con razon
que me libre una receta
de palos á letra vista.
Catu. Y Don Juan de Valenzuela
juzgas tú que te dara
si en la estacada lo dejas?
y si se logra el intento,
puedes contar con cincuenta
ó cien doblones lo menos.
Cach. El madurativo encierra
mas fuerza que la razon;
pero será eso de veras?
Catu. No te pagó Doña Clara
muy bien la primera escena?
Cach. No hay duda. *Catu.* Pues juzgas
que menos liberales sean
Don Juan, Don Pascual, D. Felix
y mi ama Doña Teresa,
que darian cuanto tienen
por lograr lo que desean?
Cach. Y tú no me darás nada?
Catu. Pues sin mí, infeliz, que hicieras?
No soy yo la conductriz
de toda la estratagema?
Cac. Con que...
Catuj. *Aliquid chupatur;*
pero mucho mas se espera.
Vaya, vete, porque estoy
en brasas. *Cach.* Hasta la vuelta. (*V.*)
Catu. Este Cachumbo es buen hombre,
tiene condicion traviesa,
y desparpajo; y pues hoy,
si me sale bien la cuenta,
he de hacer dos matrimonios,
seria bueno que hiciera
tambien el mio, que al fin
este estado de doncella
no es muy bueno; y las mugeres
otro remedio no encuentran,
que ó bien *toca* perdurable,
ó *infacie ecclesiæ*, et cetera.
Pero que veo! Don Juan?
Sale Don Juan.
Juan. Habrá dos horas y media
que no sé nada de tí,
ni de mi Doña Teresa,
ni de nadie. Es este el zelo
con qué por mi te interesas?
Dónde está Cachumbo?
Catu. En casa
de Doña Clara: id á ella,
que yo avisaré á mi ama
para que allí mismo os vea,
y quede todo dispuesto.
Juan. Quería que con presteza...
Catu. Idos al punto, señor.

Juan. No sabes tú la impaciencia...
Catu. Qué impaciencia ni que aca?
Qué pelmazos y que pelmas
son estos enamorados!
Dentro Renato. Catuja?
Catu. La hicimos buena.
Juan. No importa, nunca me ha visto,
y le hablaré de manera
que le deslumbre. *Catu.* Volved
si pudiereis... mas ya entra.

Sale Renato.

Ren. Qué es esto? Será tambien
danzante el que se presenta?
Catu. Qué dices, señor? Cuidado
que este es un hombre de excelsa
condicion, que á consultaros
viene sobre una materia
de una enfermedad muy rara:
tratadle con gran paciencia. (*V.*)
Ren. Decid, que es lo que teneis?
Qué enfermedad os molesta?
Aunque segun el semblante
no debe de ser muy fiera.
Juan. Ni yo estoy malo, señor.
Ren. Quereis estarlo? *Juan.* Eso fuera
ser un loco rematado,
ó bien hombre sin conciencia.
Ren. Pues á qué venís aquí?
Juan. Escuchadme, y tened flema.
Me consta que sois un hombre
de profundísima ciencia.
Ren. Panegíricos á un lado.
Juan. Yo sé que las luces vuestras
penetran todo secreto.
Ren. Solamente no penetran
el secreto de librarme
de las personas molestas.
Juan. Mas señor...
Ren. Al caso, al caso.
Juan. Está muy bien. No es mi idea
perder el tiempo.
Ren. Pues hombre,
aun mas quereis que se pierda?
Juan. En dos palabras... *Ren.* Y van
trescientas mil y quinientas.
Juan. He oido que se hallan
en la gran naturaleza
secretos para poder
hacerse amar. *Ren.* Estupenda
noticia? Con quién pensais
que estais hablando?
Juan. Esa es buena?
con un hombre muy honrado,
y de muchísima ciencia.
Ren. Y me venís á pedir
con tan grande desvergüenza
secreto de hacerse amar?
Juan. No os altereis, valga flema:
pido todo lo contrario
Ren. Esto parará en quimera.
Juan. Yo, señor, soy hombre rico,
y por esto, ú otras prendas,
hay diez mugeres que me aman
con inaudita ceguera:
yo amo á otra, y por librarme
de los disgustos que aquellas
me ocasionan, pretendia
me dieseis una receta
para hacerme indiferente.
Ren. A las que con tal ceguera
os aman? *Juan.* Sí señor, sí.
Ren. Eso es una friolera,
y muy facil. *Juan.* Pues decid.
Ren. Dos ó tres veces siquiera
gastar con ellas... *Juan.* Ya estoy
Ren. El tiempo, de la manera
que aquí lo gastais conmigo,
y como no os aborrezcan
mas que al mismo lucifer,
que me corten la cabeza.
Juan. Pero es decir que... *Ren.* Idos,
y otra vez con tal simpleza
no os pongais ante mis ojos,
que no gusto de pamemas.
Juan. Pero señor... *Ren.* Sino os vais;
vive Dios... *Juan.* No se impacienta
por mi nadie: perdonad
si anduve con ligereza. (*Vase.*)
Ren. El valiente badulaque
vino con linda ocurrencia?
Pero este diablo de chico
donde estará? La cabeza
he de perder con sus cosas.

Sale Don Pascual.

Pero aquí mi hermano llega.
Sabes algo de Pepito?
Pasc. Hombre, ninguno le encuentra.
Catuja salió á buscarle.
Ren. Habrá pícaro? *Pasc.* Y tú intentas
partir mañana? *Ren.* Pues no?

Al instante que amanezca.

Pasc. Supongo que con Don Alvaro
todo arreglado lo dejas?

Ren. Ya se ve. *Pasc.* Pero en qué forma?

Ren. En la que nunca me vean,
ni me hablen una palabra
de semejante materia.

Pasc. Nadie te puede entender.

Ren. Ni yo quiero que me entiendan.

Pasc. Ayer casabas tus hijos
para hacer su conveniencia;
hoy saliste que querias
por muger á Clara bella;
y ahora ni tú te casas,
ni casar tus hijos dejas.

Ren. No señor, no, no señor,
no, con tresmil y quinientas
carretadas de... no sé
lo qué iba á decir mi lengua.

Pasc. Mudar de opinion tres veces
en un dia? *Ren.* Y tambien treinta
mudaré si se me antoja,
y solo porque no pueda
nadie romperme los cascos
con frias impertinencias,
iré mañana contento
á cumplirle la promesa
que hice á su capellan,
á ese señor que me espera.

Pasc. Mas con Don Alvaro antes
todas tus cosas arregla.

Ren. No tengo que arreglar nada.

Pasc. Repara.

Ren. Nada hay que advierta.

Pasc. Que tiene grandes amigos.

Ren. Yo tambien grandes recetas.

Pasc. Tú le diste la palabra.

Ren. Que se la cumpla su abuela.

Pasc. Dijo que no cederia.

Ren. Yo tampoco. *Pasc.* Pero piensa
en lo mucho que ha gastado
para las bodas dispuestas.

Ren. Por qué no echó veinte y cinco
nudos á su faldriquera?

Pasc. Te condenarán en todo.

Ren. Tú eres el que me condena
y pudre: lo dicho dicho:
con muger tan loca y necia
habia yo de casarme?
Pues primero consintiera
en que me descuartizasen,
ó en aceite me friyeran.

Sale Catuja. Ah señor!

Ren. Otra te emboco?
Dios me la depare buena.

Catuj. Pepito... *Ren.* Cómo! qué dices?

Catuj. Pepito... *Ren.* Acaba, perversa.

Catuj. Se ha enganchado...

Ren. En algun clavo?

Catuj. No, para ir á la guerra.

Ren. Qué dices lengua de sierpe?

Pasc. Te habrán engañado.

Catuj. Buena:
al sargento y capitan
les he hablado yo mesma.

Ren. Habrá infame!

Pasc. Qué desgracia!

Ren. Mas no es posible que tenga
discurso ese capitan,
ni sentidos ni potencias:
un niño de trece años
para qué servirá. *Catuj.* Esa
es la misma razon que
yo le hice manifiesta;
pero me dijo que él
tenia franca licencia
para reclutar muchachos
de cualquier edad que sean,
porque debe conducirlos
á unas tan remotas tierras,
que de aquí saldrán sin barba,
y allá llegarán con ella.

Ren. Pues adónde dianches van?

Catuj. Creo, sí, bien se me acuerda,
que van á Madagascar.

Ren. Y eso no está junto á Illescas?

Catuj. Sí por cierto: á mi me han dicho
que ese pais está cerca
del otro mundo. *Ren.* Zapato.

Pasc. Es una colonia nueva
que establecerse pretende
en Asia. *Catuj.* Si vos le vierais
al pobre chico vestido
de los pies á la cabeza,
con uniforme encarnado
y una gorra á la francesa?
le ha puesto á aprender los toques
del tambor, y ya menea
los palillos como un grande.
Sin duda que es cosa esta

para llorar y reir.
Ren. Y para que yo me muera
de corage. En dónde vive
el capitan? qué le vea
será preciso. *Catuj.* Guardaos.
Ren. Por qué guardarme? Esa es tecla.
Catuj. Muy bien podeis ir á verle;
pero será accion muy cuerda
que hagais antes testamento,
y tambien tomar licencia
de todos vuestros enfermos,
hasta que á juzgar Dios venga
á los vivos y á los muertos.
Ren. Por qué?
Catu. Porque es cosa cierta
que el tal capitan revuelve
de arriba abajo la tierra
buscando médicos. *Ren.* Para
llevarlos al Asia? *Catu.* Etiam.
Pasc. No vayas, hombre, no vayas.
Ren. Aun si llevado se hubieran
á toda mi casta? pero
llevarse á un hijo en quien puestas
tenia mis esperanzas?
Catu. Y que tanto se os semeja,
como dos gotas de agua
una con otra. *Ren.* Aquí no resta
mas que hacer, sino que tú
con una cantidad buena
de pesos que te daré,
vayas...
Catu. Yo? ni aunque me dieran
el Perú me engancharian,
que á no ser por la presteza
con que acudí á los talones,
el sargento me hace presa;
porque tambien tienen órden
de llevar allí doncellas.
Ren. Terribles enganchadores
deben de ser. *Catu.* De manera,
que cuando yo estaba allí,
llegó con la misma idea
Don Serapion, y al oirle
hechar frases y sentencias
y latinages, creyeron
tambien que médico era,
y le agarraron de firme;
de modo que el pobre queda
jurando en latin de toda
su ascendencia y descendencia.
Pasc. Pues ello alguno ha de ir.
Ren. Mas quién quieres que se atreva?
Catu. Vos podeis ir sin recelo.
Pasc. Por qué?
Catu. Porque en esa tierra
no necesitan letrados.
Ren. Ni aquí merecen la pena
de tenerlos: vete pues,
y á cualquier precio que sea
deja compuesto el asunto.
Pasc. Yo lo haré con tal viveza,
que sino traigo al muchacho
al instante á tu presencia,
quiero perder cuanto se
del Código y las Pandectas.
Ren. Pues á fe que no es gran cosa.
Catuj. Encontrarais si quisierais
al tal capitan en casa
de su tio. *Pasc.* Y cuál es esa?
Catuj. La de Don Alvaro. *Ren.* Cómo!
con qué este capitan era
aquel sobrino de quien
nos habló veces diversas?
Catuj. Sí señor, y ahora iba
á despedirse. *Pasc.* Pues ea,
voy corriendo, y vuelvo presto. (*V.*)
Catuj. Mas no haremos cosa buena.
Ren. Pero por qué, maldita?
Catuj. Porque el capitan de renta
tiene treinta mil ducados,
es Marqués, y su opulencia
y condicion... *Ren.* De la tuya
reniego: bien me consuelas.
Catuj. Pero quién es? (*Sale Cachumbo.*)
Cach. Un soldado.
Ren. Puede que á traerme venga
á Pepito. *Cach.* No señor.
Ren. Pues qué os trae á mi presencia?
Cach. Me envia mi capitan
á deciros que dispuestas
tengais todas vuestras cosas
para mañana, qué es fuerza
salir á las cinco en punto.
Ren. Quién yo? *Cach.* Vos.
Catuj. Tengo por cierta
cosa que os equivocais,
y que no sabeis quien sea
mi amo. *Cach.* No mé equivocó,
y sino decidme, reina,
no es Don Renato Aráyago

el señor, y no profesa
la Medicina? *Catuj.* Es verdad.
Cach. Pues amigo, darse priesa,
porque desde aqui hasta Cadiz
ireis en coche ó calesa
con el capitan, y allí
daremos al viento velas.
Ren. Estais en juicio, ó venís
á tentarme la paciencia?
Cach. Tan presto habeis olvidado
que habeis hecho la promesa
al hombre que el capitan
envió con una esquela
de salir por la mañana?
Catuj. Pero señor, si ese era
un eclesiástico. *Cach.* Y bien,
no es preciso que lo sea
el capellan de la tropa?
Catuj. Pero, amigo, la promesa
tan solo fue que mi amo
iria á una quinta amena
á visitar á un señor
de la condicion primera.
Cach. Y nada mas se le pide.
La quinta es una muy bella
que tiene en Madagascar
el Virey, y su excelencia
el enfermo: ved si todo
perfectamente concuerda.
Ren. Qué he hecho yo? para cuándo,
Dios mio, son las postemas?
Cach. Sereis médico de cámara
del Virey. *Ren.* Aunque la tierra
que piso se hunda, no iré:
con que asi tomad la puerta.
Cach. Ireis, y os vendrá muy ancho,
que lo prometido es deuda.
Ren. Yo haré juntar el colegio
para que á mi me defienda.
Cach. Yo juntaré el regimiento:
veremos quien se la lleva,
y si en tal caso un fusil
puede mas que una receta.

Sale Don Pascual.

Pasc. No quieren soltar al niño
por trato ni conveniencia.
Catuj. Ese mal no fuera mucho.
Pasc. Pues qué hay de nuevo?
Ren. Que intentan
llevarme á Madagascar
á mi tambien. *Pasc.* Es quimera.
Cach. El señor lo ha prometido
en vuestra misma presencia
al capellan de la tropa.
Pasc. Esa es traicion.
Cach. Conveniencia
direis mejor: puede haber
satisfaccion mas completa
para un médico de fama
que verse en la misma tierra
en que nacen el ruibarbo,
el sem, y... *Ren.* Ya es insolencia
el aguantar, y asi idos,
ó os romperé la cabeza.
Cach. Teneos, sino quereis
que os haga una faldriquera
en la panza. Hasta mañana,
que yo á la hora dispuesta
enviaré cien granaderos,
y veremos por quién queda. (*V.*)
Catuj. Aquí hay alguna traicion
sin duda alguna encubierta,
y es muy del caso que vaya
á ver si puedo saberla. (*Vase.*)
Pasc. Tú genio perverso es
causa de que nos sucedan
semejantes desventuras.
Ren. Aprieta, canalla, aprieta:
cuando yo estoy para ahorcarme,
darme soga es cosa buena.
Sale Don Felix. Señor.
Ren. Qué hay? qué traes? vienes
tú tambien con otra fresca?
Fel. Antes bien vengo á deciros
que he sabido la violencia
que os hacen injustamente.
Pero á vuestro arbitrio queda
lograr que todo se quede
en paz tranquila y serena.
Ren. Cómo? *Fel.* La causa de todo
es Don Alvaro Pineda:
es pariente muy cercano
del capitan, y mil quejas
le ha dado. *Ren.* De qué? *Fel.* De no
cumplirle como debierais
la palabra de casaros
con su hija; y esta afrenta,
como él es tan caballero,
por este medio la venga.
Ren. Habrá viejo mas cañoño!

Pasc. Con poca razon te quejas,
que él te juró la venganza,
y ya ves las consecuencias.
Fel. El capitan ha jurado
tambien, que al Asia se lleva
á vos y á mi hermano, si
no cumplís con la promesa
de casaros. *Ren.* Yo casarme
con su prima? Aunque me diera
un tabardillo pintado,
no me casara con ella.
Pasc. Un pensamiento me ocurre:
á Don Alvaro Pineda
ha de serle indiferente
que case su hija bella
ó contigo ó con tu hijo.
Fel. Por cierto linda ocurrencia:
yo que quería pediros
para casarme licencia...
Ren. Y con quién? *Fel.* No os enojeis,
porque al cabo Doña Eugenia
de Tribaldos... *Ren.* Bribonazo,
casarte con Doña Eugenia,
la hija de un medicastro
ignorante, que reprueba
mi opinion en las consultas?
Antes ciegues que tal veas.
Fel. Padre... tio...
Ren. No hay padrear
ni tiar; si todas estas
cosas asi se componen,
con Doña Clara, aunque mueras,
al punto te has de casar.
Fel. Señor, sino gusto de ella.
Ren. Y á mi que me importa eso?
te casarás por fuerza.
Sale Catuja. Yo vengo, señor, á que
me ajusteis luego la cuenta.
Ren. Por qué?
Catuj. Porque yo no quiero
servir mas á una locuela
estravagante. *Ren.* Qué ha hecho?
Catu. No lo sabeis? *Ren.* No, de veras.
Catuj. Don Pascual, nada habeis dicho?
Pasc. Si me suplicó Teresa
que callara. *Catuj.* Rehusar
un partido que pudiera
al instante componer
todas estas diferencias?
Ren. Pero qué es esto? habrá dianches!
Qué siempre el paciente sea
el último que lo sabe!
Vaya, qué hay en la materia?
Catu. Esto es que el marqués que os dije
tenia tantas riquezas,
que es capitan, y va al Asia
de gobernador, desea
casarse con vuestra hija.
Ren. Y se resiste la perra?
Catuj. A Don Pascual encargó
muy fino que os la pidiera.
Pasc. Pero yo no dije nada
porque aversion manifiesta.
Catuj. Bueno! aversion hácia un hombre
tan gallardo, y que de renta
tiene treinta mil ducados?
Ren. Treinta mil palos la diera
si aquí estuviese. *Catu.* Un muchacho
de una figura tan bella!
Ya le habeis visto. *Ren.* Yo! cuando?
Catuj. En aquesta sala mesma
cuando os vino á consultar.
Ren. Válgame Dios! aquel era?
Pasc. Pero si la prometiste
á Don Longinos de Rejas.
Ren. Qué Longinos ni Pilatos.
Catuj. Como Don Alvaro quiera,
no hay dificultad en ello.
Pasc. Aunque caballero sea,
sus propiedades se ignoran,
y dice muy bien Teresa.
Ren. No dice sino muy mal.
Parece que se conciertan
todos contra mí; no importa:
anda, Catuja, haz que vengan
todos aquí, y el Notario.
Catu. Con acertada cautela
le previne que viniese
para lo que sucediera.
Ren. Pues ve por él.
Catu. Voy volando. (*Vase.*)
Ren. A mi no me andes con tretas,
que te llenaré la cara (*A Felix.*)
de dedos, si te meneas
de aquí un punto; y reflexiona
que si muestras resistencia,
y no haces mi voluntad,
Dios te la depare buena,
que en los Toribios te encajo,
y asi veremos quien lleva

el gato al agua. *Fel.* Con qué
no hay mas razon que la fuerza?
Ren. No hay remedio: esto ha de ser.
Pasc. Pero hombre no consideras...
Ren. Pero muger no reparas...
Pasc. Que no es justo.
Ren. Que no sea.
Será mejor que se case
con otra, y que yo me muera,
y que á Pepito le lleven
donde nunca mas lo vea?
Salen Doña Teresa, el Escribano y Catuja.
Catu. Don Alvaro está algo enfermo;
pero sus poderes presta
al señor para que todo
haga como si estuviera
presente. *Ren.* Buen pensamiento.
Pon aquí en medio la mesa,
y trae la escribanía.
Catu. Ya está todo en forma. *Ren.* Ea,
poned, aquí se casa
con Doña Clara Pineda
Don Felix de... *Escr.* Desde ayer
las escrituras dispuestas
están, y tan solo falta
por lo que á esto respeta,
que firmen los contrayentes
y testigos. *Ren.* Norabuena.
Fel. Yo os suplico, padre mio,
que con Doña Clara bella
os caseis, que esto es mejor.
Ter. Y es una cosa muy fiera
violentar el albedrio
en semejantes materias.
Ren. Ya he dicho mi voluntad;
y quien se resista á ella,
por vida... *Escrib.* No os altereis,
que en circunstancias como esta,
la voluntad de los padres
es de estilo se prefiera
á la de los hijos. *Ren.* Bravo.
Y para que cuando vengan
los demas quede ya todo
en forma, tan solo resta
que escribais que tambien casa
mi hija Doña Teresa
con el Marqués de... *Catuj.* Esperad,
que el título se me acuerda.
El marqués de Fuente Beno,
capitan, y por la excelsa
voluntad del Soberano,
gobernador de la inmensa
isla de Madagascar.
Ren. Mira si te trae cuenta.
En dónde, dime, podias
encontrar ganga como esta?
Ter. Pero ir al cabo del mundo...
Ren. Mugeres hay que se fueran
por casarse hasta el infierno,
cuanto mas á lejas tierras.
Salen todos.
Juan. Señor, sobre la palabra
de darme á Doña Teresa,
aquí teneis á vuestro hijo.
Ren. De vos quejarme debiera...
Mas dejemos esto ahora
hasta que ocasion se ofrezca;
dadme el papel que entregué
al capellan por respuesta
de la carta. *Juan.* Vedle aquí;
pero antes es diligencia
precisa que los contratos
firmeis. *Ren.* Sea enhorabuena.
Pep. Papá. *Ren.* Quítate, perverso:
Dios sabe lo que me cuestas.
Pep. Quereis que á Madagascar
me vaya yo con Teresa?
Ren. Quieres que te abra en canal?
Serap. *Nemini inferas molestiam.*
Ren. Ya está firmado. (*Firma.*)
Escrib. Ahora vos. (*A Clara.*)
Clar. Aunque firmar no debiera,
sino cruel perseguiros,
soy de condicion tan buena,
que porque todo se zanje (*Firma.*)
no quiero hacerme de pencas.
Escrib. Don Felix. *Fel.* Padre...
Ren. Candonga.
Fel. Sino hay remedio paciencia. (*Fir.*)
Escrib. Ahora haced que aquí
se firme Doña Teresa.
Ter. Ya lo hago por daros gusto. (*Firm.*)
Ren. Y porque te trae cuenta.
Escrib. Firmad vos.
Juan. Con mucho gusto. (*Firma.*)
Escrib. Los testigos. (*Firman.*)
Ren. Vaya, á priesa,
que es tarde, señores mios,
y ya á anochecer comienza,

y me quedan mil visitas
que hacer. *Escr.* Ante mi: ya queda
esto en forma; resultando
que con la justa anuencia
de sus respectivos padres,
para siempre unidos quedan
Don Felix de Aráyago
con Doña Clara Pineda,
Doña Teresa Aráyago
con Don Juan de Valenzuela.
Ren. Qué Don Juan ni que narices!
y el Marqués?
Catuj. Fue una pamema.
Ren. Y el gobernador? *Catuj.* Voló.
Ren. Con qué esto...
Catuj. Fue una cautela
para que vos no os casarais,
y las cosas se vinieran
a quedar como se estaban,
y como justicia era.
Ren. Esto se hace con un hombre
como yo? Canallas, ea,
todos moriréis. *Escrib.* Teneos.
Juan. Si el amor... *Ren.* Si tu ralea
maldita pillar pudiese
toda bajo mis recetas!
Y vos cómo autorizasteis
una traicion tan horrenda?
Escrib. Yo levanté estos contratos
ayer con voluntad vuestra,
hoy los firmais, con que todo
va muy conforme á las reglas.
Serap. *Non est locus penitentiæ.*
Ren. Ahora me latineas,
cuando yo estoy rebentando
de furor, y... *Pasc.* Mejor fuera
que lo tomaseis á risa.
Ren. Para risas es la fiesta:
no os veré ya en esta vida,
ni en la otra veros quisiera;
pero yo sabré tomar
la venganza mas tremenda. *(Vas.)*
Cach. Al enfermo que ahora pille
diez cantáridas le echa.
Pasc. El se vendrá á la razon
con el tiempo. *Catuj.* Toda esa
furia antes de media hora
vereis como en paz se trueca;
dejenle reñir, y luego
suceda lo que suceda.
Pasc. Vamos á esperarle, y luego
que á la razon se convenza
se celebrarán las bodas
con regocijos y fiestas.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE JOSE GIMENO. 1824.